

INDICE



Libros que les interesan a los maestros:

Fernando Sáinz: <i>El método de proyectos en las escuelas rurales</i>	¢ 3.25
Concepción S. Amor: <i>Las escuelas nuevas escandinavas</i>	1.50
Antonio Robles: <i>Cuentos de niñas y muñecas</i> , un vol. pasta	4.25
Lucy Wilson: <i>Las escuelas nuevas rusas</i>	1.50
R. Tagore: <i>La luna nueva</i> , Poemas de niños. Un vol., pasta	4.00
Juan Comas: <i>El sistema Winnetka en la práctica</i>	3.00
J. Dewey: <i>Ensayos de educación</i>	3.00
<i>Método de proyectos</i>	3.00
<i>El método Montessori</i>	3.50
Angelo Patri: <i>La escuela del porvenir</i>	3.00
Margarita Comas: <i>El método de proyectos en las escuelas urbanas</i>	3.50
Perrault: <i>Cuentos</i>	2.50
G. Kerschensteiner: <i>La enseñanza científico-natural</i>	3.50
Domingo Barnés: <i>La educación de la adolescencia</i>	3.50
E. Duvillard: <i>Las tendencias actuales de la enseñanza primaria</i>	3.75
Robert Dottrens: <i>La educación nueva en Austria</i>	3.50
Swift: <i>Viajes de Gulliver</i>	3.50
Ricardo Palma: <i>Las mejores tradiciones peruanas</i>	3.00

Solicítelas al Adr. del Rep. Am.

que el pseudo-clasicismo del siglo XVIII impuso y que el romanticismo no se atrevió después a desterrar». Iniciado por Martí, Gutiérrez Nájera, Darío y Julián del Casal, ha sido un factor de evolución constante y un medio impulsivo de primer orden en el avance del americanismo literario que hoy vive, crece y se impone, sin menoscabar el tronco secular que fué su aborigen.

Así pues, la antología de escritores representativos de América que ideamos tiene que ser una consagración al «arte libre» que el modernismo erigió como cánón; y así contendrá, lo mismo y propiamente, páginas escogidas de clásicos, de románticos y de modernistas: un libro al estilo del de Don Ramón Menéndez Pidal sobre los prosistas españoles y que bien podría iniciarse con una introducción sintética sobre la historia de la literatura en América.

La época clásica podría representarse, verbi gracia, primero: con un trozo escogido del Popol-Vuh...: por ejemplo el episodio de Hunahpu y Xbalanqué que aunque escrito en lengua quiché, surge a luz como genuina obra americana; páginas escogidas de los antiguos cronistas como el inca Garcilasco de la Vega; el acta de Independencia, y alguna página—pongamos por caso—del prócer centroamericano José Cecilio del Valle. Vendría luego Bello, cuyo talento enciclopédico supo mantener incólume, libre de disconformidades de ambiente, la tradición peninsular, en lo que tenía de bueno; y supo llevar, a cada pueblo favorecido con sus luces, lo que tenía de fundamental la civilización europea,—salvando así de la vorágine revolucionaria «los caracteres típicos y diferencias de nuestra alma americana». Legislador literario, supo dictar para los pueblos de América la regla de acción conveniente a la lengua nacional en forma independiente y una, elevándose al descubrimiento de los orígenes del romance castellano, a fin de fijar la porción que el medio propio tenía a su haber en cuanto al estudio gramatical de la lengua. Luego Cecilio Acosta, el ilustre venezolano. Escritor de corte clásico supo unir a sus virtudes artísticas la penetración cabal del idioma, en una forma que pudiera envidiar cualquier prosador español. y Mariano Moreno... Eso para substituir el glorioso nombre de Jovellanos en cuanto a estudios políticos y económicos del medio se refiere. Moreno, si con talento inferior al hijo de Gijón, con fuerza para imponerse, en punto a prosa política, a las nuevas generaciones de América, es sin duda uno de nuestros clásicos reales. Vendría Bolívar, libertador de pueblos y naciones y al mismo tiempo de la literatura americana: sus cartas, proclamas y discursos son dechado de autotonia y penetración; y de él podrían reproducirse el Manifiesto de Cartagena, la Carta de Jamaica, el Discurso de Angostura, o la Constitución Boliviana. Y siguiendo sus huellas fecundas, Sarmiento, el genial y febril autor del *Facundo*. Escritor en quien se ven los primeros brotes del romanticismo, posee las cualidades todas de un prosista de raza:

su prosa es ejemplo en ese estilo libre que él cultivó. Es una prosa que anda, como río americano en invierno, llevando en su avance armonía original y notas sinfónicas. Sarmiento adquirió del Libertador ese modo «de encarar y resolver los problemas de América», revelador de una fuerza natural de espíritu, superior. Y vendría también Juan María Gutiérrez, reivindicador de una autonomía intelectual suficiente para substraerse a la autoridad del clasicismo y a la libertad romántica,—punto que debía poner por obra más tarde la literatura toda de nuestro continente. Es un «maestro» de verdad. Vendría Montalvo; tipo representativo del escritor a quien sin paradoja puede llamarse el Moratín americano; si con menos profundidad que Gutiérrez sí con mayor fortaleza expresiva, representa para nosotros la transición efectuada entre el clasicismo y el romanticismo. Es lo más ilustre sin duda que ha dado nuestra habla americana. Y ha de venir luego, necesariamente, Alberdi—el «Fígaro» nuestro—quien, como éste, representa la emancipación espiritual de la prosa clásica. Alberdi tuvo entre otras las condiciones de fortaleza suficientes para levantarse sobre el escolasticismo romántico en

cuanto éste vino a limitar el vuelo libre del espíritu; y por eso tiene que ocupar puesto en la antología americana como modernizador de la prosa vernacular. Representa entre nosotros el tipo cumbre en el romanticismo depurado. Luego vendrá Hostos... Este ilustre dominicano buscaba, en un análisis psico-sociológico del medio literario, un arte genuinamente americano,—y por eso tiene un inmenso valor. De Hostos podría reproducirse su estudio sobre el *Hamlet*, considerado por la crítica como lo mejor escrito a propósito del famoso drama de Shakespeare.

Esos serían los maestros de las viejas generaciones... Las cumbres. A ellas habría que agregar sin duda otras más, si menores, siempre grandes en el horizonte de nuestro medio. Varona, por ejemplo, de prosa genuinamente europea por sus condiciones de claridad y medida; Galván, el clásico escritor dominicano; Justo Sierra, ese noble mexicano que apellida la juventud «El Maestro», de expresión sencillamente prodigiosa; y Ricardo Palma, inventor de las «tradiciones» que todos conocemos, llenas de gracia y distinción; cuya prosa envidiaría el doctoral académico de Valera, crítica inapeable de todo nuestro.

Estos escritores han venido a preparar, puede decirse, el feliz advenimiento del *modernismo*; ese movimiento espiritual que, al decir de Max Henríquez Ureña, vino a innovar, no en la buena tradición clásica española, sino en el romanticismo del siglo XIX. La antología pues—siguiendo este orden y este nombre—debe indicar en primer término a Martí. Su prosa, si sembrada de arcaísmos, se encumbra y vibra sobre la barbarie del «decadentismo», que ya asolaba en algunos medios los campos de nuestra literatura, con la más profunda libertad sintáctica e ideológica. Es una renovación en punto a prosa, que habrá de darnos después lo que se ha llamado hoy por hoy el estilo *nuevo*: el estilo que—al decir de Pedro Henríquez Ureña—«deja de ser el *hombre* para ser más definitivamente su intelectualidad, aislada de su personalidad, en cuanto ésta sea obstáculo para la justicia y la pureza de la expresión». El estilo que, refinado y traslúcido, ha de manifestarse efectivo en tres grandes escritores de América: José Enrique Rodó, Manuel Díaz Rodríguez y César Zumeta; y con no menos brillo, también, en el malogrado Carlos Arturo Torres y en Francisco García Calderón, el ilustre peruano. Son todos ellos representantes de la prosa ideológica y son los valores más efectivos del genio de la raza en los tiempos actuales.

Pero si buscamos, dentro del *modernismo* americano, los prototipos de la prosa vernacular y auténtica, tenemos necesariamente que nombrar a Manuel González Prada, a Juan Vicente González a Rafael Barrett (que lo podemos considerar americano) y a Rufino Blanco Fombona: prosa que es resultado de una observación detenida del medio social,—mezcla singular del español, del indio y del negro; audaz, penetrativa y con una alma virtuosamente dramática...

Prensa e información

Benigno Cuesta (hijo)

Agente de los mejores DIARIOS y REVISTAS

Manizales, Colombia.